

# Porque a veces el corazón se siente como ir montado en un caballo

(Poesía reunida 1996 - 2019)

A. E. Quintero



Poesía

Quintero, A. E.

Porque a veces el corazón se siente como ir montado en un caballo / A. E. Quintero

—México: Editorial De otro tipo, 2019

568 p. 26.5 cm

Género: Poesía

Primera edición, 2019

© A. E. Quintero

D.R. © 2019 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan; Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

[www.deotrotipo.mx](http://www.deotrotipo.mx)

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morín

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN:

Impreso en México / Printed in Mexico



Para Juanita Quintero, mi madre tan amada,  
tan conmigo siempre, tan mi refugio y mi fortaleza.

Porque no sólo me has enseñado a no caer  
sino también me has enseñado cómo levantarme.

Y contigo esta mi tarea de vivir  
ha sido menos tarea.

Nunca te lo he dicho,  
pero siempre me he sentido muy orgulloso de ti  
y muy orgulloso de ser tu hijo.

Para ti es este libro, mamá, que es tuyo y mío,  
y que es la única manera que tengo para rendirte homenaje  
y agradecerte por amarme.

Para ti siempre mamá.

Para Gonzalo Espinosa Quintero,  
mi queridísimo hermano,  
porque lo mejor que me pudo pasar  
es ser tu hermano y crecer juntos, compartir la infancia,  
compartir la vida.

Para ti siempre, manito.

Para Enriqueta Ochoa,  
por tantos y tantos años de amor,  
este año que cumplirías 91 años de vida  
y que cumples 11 años de haberte ido.

En homenaje.

Y para mi Sofío, mi Anyaro, mi Caterina, mi Andrew,  
mi Ángel Gabriel, mi África, mi Nuestra, mi Junio, mi Dana, mi Tigrin,  
mi Bree, mi Julia, mi Litio y mi Chavelita  
(mis gatos, mis hijos, que ya no están físicamente).

Y para mi Samantha, mi Abril, mi Azul, mi Miguel,  
mi Susano, mi Chayo y mi Molder.  
(mis gatos, mis hijos, que felizmente siguen de traviesos).

*En este trance  
la luz apresada en el cristal bermellón de un vaso  
ruega por todas las mujeres  
que murieron dentro de mí*  
Enriqueta Ochoa

A veces ocurre que de tan hambrientos  
inventamos el sueño, la esperanza...  
Enriqueta Ochoa

## Cuenta Regresiva





Él no lo sabe todavía,  
pero ese hombre  
será privado de lo que ven sus ojos.

Cuando llegue al estacionamiento de su casa  
y la luz parezca un hecho seguro, una comunidad conocida,  
su poder de decisión y su cuerpo,  
y los rincones donde vaga el alma -a distancia  
como siempre vaga el alma-  
serán vidrio y jaula, y pólvora desde la lengua.  
Desde el pecho hacia la noche.

No lo sabe aún.  
Pero van a cambiar de sitio  
las cosas cercanas. Dejarán de esperarlo sus muebles.  
Se quitarán de la ventana  
el gato y la tarde, que siempre intercambian ojos  
y hablan claridades esperadas.

Las cosas simples.  
Las prácticas ordinarias. Como abrir la puerta.  
Como besar unos labios pintados.  
Como echar raíces azules en la cama.  
O quitarse la fruta seca del día que concluye.

Y no lo sabe aún.

Pero al llegar al estacionamiento de su casa  
ese hombre  
será secuestrado.



¿Qué hubiera podido hacer la higuera?  
¿Cambiar de mes?  
¿Tener fe y afrutarse toda  
con fe?  
¿Moverse del camino para que no la mires?  
¿Decirle a sus raíces: sean un par de pies,  
y salir corriendo sobre las charcas?  
¿O casarse con un higuero  
y tener 2 higos?

Tal vez ser más práctica  
y entender  
que no puede ser diferente a otras higueras,  
que no puede,  
que la vida es un acto de hambre, una comunidad  
de hojas iguales, con hambre.  
Y que la indefensión inicia con la palabra naturaleza,  
en el cuerpo, donde siempre principia la conducta.

O quizá decir: háganse los higos  
y dárteles  
como una madre joven da en adopción  
su primer amor  
y su confiada adolescencia.

Pero ¿qué podía hacer la higuera  
si no secarse?

¿Qué opción tenía?

Quisiera prestarte a veces  
la pata de conejo que le quité a la luna  
para ver si a ti sí te funciona, si logran servirte sus falsos polvos,  
sus aguas secas. Que fueras feliz  
como supongo felices  
las gotas de agua que se encuentran, que casualmente coinciden.  
Como también a veces  
me parecen felices ciertos árboles  
que toman de pretexto la lluvia para tocarse,  
para acercar sus cuerpos  
como un par de niños bajo las sábanas.

Que fueras feliz.  
Que tuvieras una vida mejor  
que la no vida que ha sido mi vida,  
un destino más amplio, más lleno de cómodas oscuridades,  
de confortables caminos, de sombras verdaderas. Y no lloraras con tus manos,  
ni con otras manos. Que no te dolieras hacia adentro,  
hacia esa piedra ubicua  
con la que suelta el mundo su tremenda noche.  
Que no tropezaras en el espejo  
como lo hace el hombre.  
Y que pasaran de largo las cosas que no se logran,  
sin hacerte daño, sin llagas, sin despertarte.

No sé si porque te amo  
adivino lo que no me dices, o sólo me lo invento.  
Pero pienso que el dolor  
reconoce a los de su propia especie,  
a los seres que le son comunes. Los que llevan  
el mismo fruto adentro de los ojos.

El dolor,  
ese territorio heredado.  
El peor de todos los sitios invisibles,  
de los espacios inundados.  
Y el desamparo, esa otra resignación.  
Esa otra  
manera de ver el mundo, de caber.

Sólo adivino.  
Pero es que en ocasiones lavar un plato,  
acomodar un cojín,  
o dar de vueltas con un plumero en la mano  
pueden ser maneras distintas de llorar,  
de irse y de llorar.

De contar secretamente  
todas las cosas que, por costumbre, nos callamos.

¿Qué imagina  
que hay  
adentro de sus ojos?

Un niño con lentes, ¿qué imagina?

Su miedo no es miedo sino enojo:

¿quién pasó jabón por los ojos de otros niños  
y los dejó limpios,  
sin nubes untadas, sin nieblas permanentes,  
sin mascotas borrosas; y se olvidó de él?

¿Qué imagina adentro de sus ojos?  
Tal vez vientos enanos,  
diminutos,  
martillando mal,  
haciendo mal su trabajo de claridades y distancias.

Pero ¿qué piensa un niño  
o una niña  
con cuatro ojos? Quizá  
sólo  
en la importancia de esconderse.

¿Cómo puede llegar una abeja  
-así, torpe y abeja-  
al librero?  
Dejar sus alas  
y confundir la funda de un libro  
con ese olor abierto y femenino de los rojos.

No quiere leer,  
eso es seguro. ¿A quién le puede interesar caerse  
o ser de sueños  
aplastado?

Pero es literal, una abeja  
¿qué hace entre los libros? ¿Cómo entró al cuarto?  
¿Qué olor persigue?  
¿Qué intenta conseguir? ¿Qué intenta  
probar?

Posiblemente sea cierto.  
Uno llega a los libros  
-quién sea-  
por accidente. Y  
tarde o temprano  
te aplastan.

*P*ero podría ser todo lo contrario.  
Porque de eso se trata  
estar vivo.

Una abeja en un librero  
podría estar segura. Su natural  
enemiga  
no teje sueños de soledad  
entre libros.

E imaginar fundar una colmena  
no es fundarla,  
pero podría ser:

qué mejor lugar para reunir zumbidos  
que un librero. Ahí  
donde el hombre -supongo-  
respeto la existencia laboriosa  
de un insecto así, y no lo aplasta;

quizá le abra la ventana  
para que escape,  
para que huya de esa toma de conciencia y se vaya  
sin saber, la abeja  
que es sólo una abeja.





*J* Ah, esta guerra de hormigas rojas  
y hormigas negras!  
Por un pedazo de grillo.  
Porque unas no creen en la omnipresencia del azúcar.  
Y las otras  
les hacen la guerra.

Porque las negras no creen  
que algo, que alguien  
ponga para ellas la proteína seca, el carbohidrato molido.

Esta guerra de hormigas león  
y hormigas reina  
donde son otras hormigas las que mueren, las que caen  
bajo la hoja.

Porque es difícil defenderse  
de una necesidad de permanencia  
o una emboscada.

Y las hormigas domésticas  
intentan resistir, ser fuertes

pero hay algo escrito  
en un grano de arena, y arde  
como una zarza.

Y las hormigas rojas creen  
ferozmente. Creen en una hormiga única.

Hacia el fondo de la imagen  
y a la derecha, el macho la observa.  
La hembra está en primer plano  
se acicala, suelta sus poderosas feromonas  
y lo mira.  
El macho se acerca con toda su vulnerable fuerza levantada  
-tal vez con miedo al rechazo o a la mordida-  
pero ella lo acepta,  
el macho la huele.  
El macho la coloca en la posición justa  
y lame, huele y lame.  
La hembra pareciera girar sobre sí misma.  
Emite sonidos cercanos al cristal  
o a las piedras que otras piedras mayores rompen.

Ahora es ella quien lo lame,  
quien pareciera perdida en un olor poderoso;  
entre sustancias que podrían endurecer una selva o un edificio. Lo lame  
a fondo, todo, como si la magia en los cuerpos diferentes  
se resolviera con la lengua, o tocando la garganta.

No estoy seguro si se trata de felinos, equinos  
o algo similar.

Pero estoy seguro que no se trata de humanos.  
No.  
Nosotros somos distintos a los animales.

Me gusta la palabra humildad  
porque me recuerda a las moscas.

Nunca es grande la humildad.  
Y nunca  
será una palabra que llegue sola.

No me interesa la polémica que  
en su silla de ebanista  
dice que el sol es humilde y que  
la lluvia  
camina sin zapatos  
con su vientre de muchacha fértil  
sobre el agua.

Pero no.  
La humildad es la sombra de una jaula  
que lo ha intentado todo.  
La humildad  
es un sin remedio; es  
la tela que se le agrega, que se le cose al pantalón roto.

Las reses  
son humildes, ¿qué les queda?  
Y no hay nada más humilde  
que una gallina bajo la sombra pequeña de un árbol de duraznos.

Porque sacrificarse por el mundo  
no es un acto de humildad.

Si yo pudiera también separar las aguas

o saber  
que las puedo volver hacia el vino  
tintas.

Pero humilde  
siempre será una oveja que no tuvo  
para comprarse otro disfraz  
que no fuera el de oveja.

Y seguro  
siempre soñará con ser el lobo.

El exprimidor de naranjas dejó de funcionar.

Eso pasa.

Las cosas sin importancia

buscan su turno, se dan su importancia

así, no sirviendo,

dejándonos incompletos, ausentándose en el justo momento.

Y a mí

todo lo que es ausencia, ausentarse,

me rompe los vidrios. Ejerce una poderosa detonación

casi como el que se tira al piso al escuchar un bombardeo, una balacera.

Lo mismo hizo el sacacorchos.

No estuvo. Tal vez nunca compré uno.

Y el rayador, y el abrelatas

que nunca pensó hacerme tanta falta

me hizo salir al centro comercial

a buscarlo. Como una esposa cuando se enoja

y hay que ir por ella a casa de los suegros, o a buscarla con la vecina.

No sé por qué me afectan tanto las cosas

que dejan de funcionar, que se ausentan.

A veces he pensado en comprar dos cosas de lo mismo.

Pero no sé si yo pueda

en lo futuro

con dos ausencias.

Un teléfono celular.  
En realidad no me interesa decir  
nada al respecto.  
Quería hablar de mi edad;  
y de los objetos que fueron apareciendo  
como canas, como esas manchas de edad  
que tenía abuela en sus retorcidas manos  
y que yo  
siempre quise quitarle con un poco de saliva.  
Un teléfono celular  
quién lo dijera, así comienza mi vejez.  
Un tirarse debajo de la cama  
quitándose de la cabeza teclas digitales e insectos  
que aún se atreven a volar usando sus viejas y mecánicas alas de insecto.  
Casi como utilizar un teléfono de marcación de disco.  
¿Pero quién puede extrañar algo así?

Un teléfono celular.  
Así comienza.  
Pero por mucho tiempo creí  
que algo en el organismo te iba preparando,  
un dispositivo,  
un clic  
y estabas de pie en tu madurez, entero. Preparado.

Y aunque siento que algo cambia  
entre mis ojos y los ojos que me miran,  
no puedo evitar ver el dorso de mi mano  
y extrañar los teléfonos de marcación de disco.  
La vieja Olivetti comprada en pagos  
y los dedos de la vieja Olivetti

que en aquel momento hubieran podido cambiar al mundo.

¡Qué comfortable la vida ahora!

Tal vez siempre lo fue.

Pero para un muchacho sin dinero

el mundo siempre estará del otro lado de la puerta

oyéndose

como en la noche se oía

la máquina de escribir de alguien;

y alguien

cambiándole a la noche, la hoja de papel carbón.